

El único Dios verdadero

García Calvo sacraliza, con indignación contenida y humor manifiesto, al dinero

AGUSTIN GARCIA CALVO

De Dios

Lucina / Zamora 1996

304 páginas / 2.000 pesetas

EUGENIO TRIAS

Quizás porque soy profundamente religioso no creo en ningún *único Dios verdadero*. Quizás por esto mismo simpatizo con la única teología posible respecto al Único Dios: la que constata, con indignación contenida y con humor manifiesto, aquel Ente que, puestos a concebir tal *único Dios verdadero*, poseería todas las probabilidades de pasar por tal: el Dinero.

La argumentación de Agustín García Calvo es, en este sentido, impecable. Viene a ser del siguiente tenor: si perseguimos los principales argumentos esgrimidos por la tradición teológica y filosófica para probar y comprobar la existencia de ese Único Dios Verdadero, entonces nos sale siempre el Dinero. El Dinero con mayúsculas, como corresponde a su realidad *físico-metafísica* y *llena de resabios teológicos*, como la describió otro gran teólogo del dinero, y de su acumulación en capital, Carlos Marx.

Igual que éste, García Calvo parece comentar en cada párrafo de su libro la extraordinaria perorata desesperada y sarcástica de Timón de Atenas en la obra de Shakespeare sobre la magia omnimoda de ese *amarillo esclavo*, capaz de convertir en deseable a la más marchita de las viudas y en «disolver religiones, bendecir a los malditos y hacer adorar la lepra blanca». Marx la cita y la comenta en *El Capital*.

En este libro Agustín García Calvo se interna en el núcleo duro de su pensamiento, allí donde se genera la ecuación



Agustín García Calvo.

entre el Verdadero Dios y ese Poderoso Caballero tan barroco, quevedesco y shakeriano. Y lo más sorprendente del libro es el modo suave, gentil y lleno de sutileza y sofisticación argumentativa con que este gran maestro lo hace. De manera altamente inteligente se limita a exprimir los argumentos que la tradición filosófica y teológica exhibe, en la cual halla dos

principales filones, o dos piedras preciosas: el poema de Parménides sobre la *verdad del Ser* y el tan comentado pasaje del Exodo bíblico en donde pide Moisés al Único Dios su verdadero nombre (el célebre «Yo soy el que soy»). El comentario a ambos pasajes es memorable; como lo es también la deducción de la existencia del Dios Dinero de un uso libre del argumento ontológico: Algo es tanto más real, y en consecuencia existente, cuanto más densidad presenta en el habla; cuanto más se habla de ello; en el supuesto de que algo es o existe sólo y en tanto se habla o puede hablar de ello.

El libro va deshaciendo el embrujo lingüístico asociado a expresiones tales como *existencia* (y en particular su aplicación, o complicación, con la Suma Realidad que el Dinero es o encarna). Es, en general, una tediosa invertida, o mejor, una aparente teodicea que, en el modo mismo de *justificar* y *justipreciar* eso Único Real que es el Dinero, con su secuela de Identidad, Subjetividad, etc., va deslizándose a contraluz, con amable ironía trágica, el horror contenido que esa comprobación produce en el que escribe (y en el que lee).

Es, pues, un libro excelente que sabe expresar del mejor modo una *verdad* que, sin embargo, puede perfectamente asumirse desde perspectivas de pensamiento bien distintas. Por ejemplo la mía: nunca he sido un devoto discípulo de A.G.C.; quizás por eso mismo he podido disfrutar de sus excelentes libros en la distancia, pero en el más profundo de los reconocimientos. Esa verdad casi-omnipotente del Dios Dinero forma parte de nuestra realidad; y A.G.C. acumula argumentos, a cada cual mejor, más ingenioso e inteligente, para conducir hacia él las formas argumentativas tradicionales sobre Dios, sus atributos, perfecciones y propiedades. Estamos ante un libro que podría parecer testamentario si la gran vitalidad de su autor no nos permitiera augurar nuevos retoños de los principios inspiradores de su fecundo pensamiento.

Fragmentos de lo cotidiano

Un lúcido esfuerzo por convertir lo trivial en objeto sociológico